

faltos de alimentación y de oxígeno. Ellos contemplan abiertas las puertas del futuro, pero los padres gimen al mirarlas cerradas con siete llaves. Abramos esas puertas, purifiquemos ese ambiente, hagamos posible la vida de esos niños, para que merezcamos en las mañanas tibias de primavera, acariciar sus guedejas doradas y estampar en sus inmaculadas frentes un beso.

1.º DE MAYO

La plebe llega.

Llega ordenada, consciente, digna, reflexiva, á celebrar su fiesta de floreal.

Pero, ¿no es, gracias al progreso, la desigualdad cada vez menor? Al desarrollo de la riqueza pública, afirma Henry George, corresponde necesariamente una agravación de los males que el trabajador sufre; cuanto mayor es la producción, cuanto más esplendor alcanzan la industria, el comercio, los elementos todos de bienestar, más dura, más terrible, más insoportable se hace la condición del proletario, porque el problema no se refiere á la *producción*, sino á la *distribución* y al *consumo* de la riqueza.

—¿De modo—se dirá—que hemos luchado lustros, décadas y centurias por allanar cuantos obstáculos se han opuesto al progreso, que hemos asentado el inconmo-

vible principio de la libertad de pensamiento y de acción, que hemos inventado la máquina que crea y que transporta, que hemos derrocado á la tiranía, abierto horizontes á la inteligencia y á la actividad, y cuando nos proponemos derribar las fronteras, democratizar el capital, se nos dice que nuestra labor es funesta, que hacemos peor la condición de los que sufren, que vamos señalando el camino de la civilización con regueros de sangre y lágrimas? No; la plebe no llega. Alcemos nuestras copas.

No es posible creerlo. Al paso que aumentamos el número de fábricas, de muelles, de vías, de mercados, no puede aumentar ella la legión de los desesperados y hambrientos; el sopro del motor ha extinguido la voz de Graco. Cuando hemos fertilizado la tierra y arrancado á sus entrañas el hierro y á sus nervios la fuerza propulsora y el fuego á sus arterias; no puede elevarse sobre sus desnudas planicies, cada vez más sombrío, más siniestro, más aterrador, el negro y colosal fantasma del hambre. Sigamos el festín. No llega la plebe.

¡Ay, qué triste es decirlo! ¡Poseer el secreto de hacer vibrar las cuerdas de la lira horaciana, el talismán que evoca las som-

bras de los vates que fueron, poder, como Virgilio, reproducir el rumor de los campos, con sus clamoreos de voces alegres y sus ecos acompasados de lejanas esquilas; ser dueño de representar con Ovidio el brillo del banquete y la muelle suavidad del triclinio, el reflejo de la luz en las ánforas henchidas de Falerno ó el brillo de unos labios bermejos con el viejo Catulo y tener que cerrar los embelesados oídos á la canción de Anacreonte para abrirlos al rumor amenazador de la ergástula! Cuando todas las copas se elevan, cuando vierten las alegres hetairas sus vasos perfumados sobre las frentes coronadas de mirto, cuando los párpados se entornan, mientras eleva en los pebeteros sus vapores la mirra, ¡qué triste es el decir á los convidados medio dormidos:—¡Despertaos, que se acerca la plebe!

Sí, es ella quien se acerca, soberana, augusta, reclamando su puesto en el festín. Es ella, la muchedumbre anónima, la que hizo madurar esos frutos, fermentar esos néctares, arder esos sábeos perfumes en los vasos armenios. Es ella, la que trajo de la Scitia esas pieles, del África esos ámbares, del Océano Indico esas perlas que deslíamos en cálices de oro; la que bruñó los cincelados broches, pulió los camafeos é

hizo brillar los cambiantes de luz en las facetas de los topacios. La que nos dió, por fin, su carne y su sangre en la guerra, la que entretejió esos laureles con que adornamos nuestros trofeos; la que nos divierte en la arena enrojecida del circo, procurando, para alegrar á nuestras vestales y regocijar á nuestros libertos, sucumbir con decoro.

Ya llegan: preparemos los pescados blancos y perfumados del lago de Como, las aves suculentas de la Galia, los tiernos corderillos carpetanos, porque llegan hambrientos. Allí vienen, los que, con fornido y robusto brazo, roturaron la tierra para esconder en su húmedo y palpitante seno la dorada semilla; más lejos, los que llegaron á las profundas simas subterráneas donde yacen los bosques prehistóricos como gigantes megalíticos; con ellos están los que se columpiaron en las negras y embravecidas ondas, disputándolas con inminente riesgo su presa; después los que manejan el pesado martillo, los que dirigen la lanzadera, los que graban y esculpen, los que, en noches de insomnio, se esfuerzan por dar cuerpo á la idea, que lanza en su candente cerebro su soplo inmaterial. Ya llegan: preparemos los vasos rebosantes, entonemos el canto de los hijos del muérdago,

go, presentemos á sus ávidos ojos el espumoso Chipre y las doradas y estimulantes salsas de Trymalción.

Pero no: sosegaos. La turba no ha pasado los dinteles del pórtico. Ya se aleja, celebrando su fiesta, la fiesta del trabajo y la emancipación. En lugar de exigir justicia, ha solicitado piedad; en vez de presentarse amenazadora, se ha mostrado sumisa; en sus manos no relucen las armas, en sus labios no brotan las injurias, en sus ojos no relampaguean las feroces llamaradas del odio. La plebe se ha mostrado digna, severa, justa. Y esta es la señal de que se aproxima su triunfo: Puede continuar el banquete. El alba se acerca; ha terminado la fiesta de floreal.

Y el festín podrá celebrarse de nuevo, fastuoso, espléndido, perfumado por cien pebeteros, iluminado por cien antorchas. Pero habrá que prepararle con atención para que no haya en él un solo vino que contenga lágrimas, ni un manjar adquirido con violencia, ni un vaso arrancado á su dueño, ni una joya usurpada. Otra vez volverán los comensales al triclinio, pero pensando si en aquellos jarros no habrá una sola gota que pertenezca de derecho á un ausente, si en aquellas vasijas no habrá una sola brizna de azafrán ó un grano

de mostaza recogido con sed y cansancio, si no habrá entre aquellas frutas un dátil que represente el trabajo infecundo ó el esfuerzo sin recompensa.

Y entonces, al volver esa fecha en que se congrega la plebe, al escuchar su canto de triunfo, saldrán los convidados al peristilo coronados de hiedra y verán á los pobres tranquilos y gozosos; y unos y otros, unidos en el sentimiento de la justicia y la fraternidad, podrán gritar con entusiasmo:

—!Oh feliz, oh dichoso, oh bienaventurado día!

EN HUELGA

Han vuelto á circular los tranvías.

¿Os acordáis de cuando aparecieron por primera vez en las calles? Casi todos éramos niños, y, con los ojos muy abiertos, contemplamos aquel luminoso juguete que se deslizaba mansa y tranquilamente por los rieles de acero. ¡Qué bonito y qué nuevo era aquello! Y eso que los carruajes eran pequeños, tirados por mulas escuálidas y guiados por conductores reclutados en la nobilísima clase de arrieros y mayores. Pues ¿y cuándo subíamos á ocupar un asiento? Experimentábamos el placer de deslizarnos sin sacudidas; mirábamos á todos aquellos viajeros de tan diferentes edades, estados y categorías, ceremoniosos y serios, sobre todo muy serios, y no nos atrevíamos á volvernos hacia las ventanillas para ver pasar, en procesión fantasmagórica, las casas, los árboles, los transeun-

tes, mas no con la rapidez del expreso, sino con la moderada marcha que permite reconocer un sitio en donde fuimos felices, contemplar una cara conocida, decir *adiós* á un viejo arbusto y cruzar un saludo con aquellos que, por caprichos bien tristes del destino, no hemos vuelto jamás á ver.

Aquello era lo nuevo, lo *inesperado*; era el coche-juguete, era la *última* concreción del progreso, y sobre todo, y como escribe Amicis: era la *carroza de todos*. Por primera vez Juan Peatón podía detener el carruaje ante su vivienda, arrellanarse en los almohadones, sentir á su lado crujir la seda, aspirar el olor sensual á mujer hermosa, codearse un momento con hombres encoquetados y linajudos y descender después, como César del Capitolio, con la frente elevada, el paso firme, seguro de volver á encontrar siempre que le viniese tal antojo y mediante un insignificante estipendio, aquel cajoncito gallardo que prestaba á su cuerpo descanso y, por la sociedad de las gentes, elevaba su espíritu á ignoradas esferas de cultura y de bienestar.

Alguna vez, sentíamos una sacudida de retroceso y un golpe sordo. El carruaje se detenía y la gente prorrumpía en lamentos. ¿Qué ocurría? ¡Horror! Era una pobre mujer arrollada por el vehículo, un niño ó

un anciano despedazado sobre los rieles. El corazón nos saltaba del pecho, oprimíase nuestra garganta y huíamos de nuestra flameante carroza, haciéndonos sentir el remordimiento el escozor de su mordedura. Pero ¿éramos nosotros culpables? Los carros del progreso tienen, como los de los dioses indios sus víctimas. Poco á poco, desvanecía-se el recuerdo del horrible accidente y volvíamos á ocupar un asiento, sonrientes, tranquilos, embelesándonos en la marcha rápida ó en el éxtasis de la contemplación de una cara aterciopelada con lindos ho-yuelos.

Después, cada vez los carruajes fueron más cómodos y lujosos, la marcha más veloz, la iluminación más espléndida, y un día aparecieron los coches automóviles con su campaneó estridente y sus focos poderosos de luz. Como el Júpiter Keraunio, aquel gigante de ojo deslumbrador, despedía de su frente y de su planta rayos azules. Le miramos con horror inconsciente, después con sorpresa, y, por fin, penetramos en sus entrañas de madera pulimentada y níquel bruñido. Ya no sólo se socializaba la locomoción, sino el lujo. Aquel era un verdadero salón, un alcázar movible bañado en resplandeciente claridad. ¡Ay! demasiada claridad cuando nuestro atavío seña-

laba las huellas del tiempo ó cuando nuestro viejo calzado, á través del barro de las avenidas, clamaba, como Horacio á Póstumo contra el irremediable poder de los años fugaces, *indomitaque morti*.

Y, un día, nos sorprendió la ausencia de *nuestros carruajes*. Entonces se nos antojaron las calles más solitarias, las distancias más largas, nuestra penuria más patente. Aquellas redes de grueso alambre, suspendidas sobre nuestras cabezas, amenazándonos como al cortesano de Siracusa la espada de Dionisio, nos parecieron, destacándonos sobre el azul inmenso, algo muerto, como los trazos de una mano ausente sobre las paredes ennegrecidas del hogar; nuestro oído intentaba repetir el sonido estridente del timbre de alarma, que tantas veces llegó á sobrecogernos, como una armonía ya lejana que la memoria intenta en vano reconstruir. Volvíamos á encontrar la ciudad igual que en los días de nuestra infancia; pero melancólica y triste, como los sitios que visitamos de nuevo después de una forzosa y prolongada ausencia. Hemos ansiado entonces volver á contemplar la animación perdida, el movimiento incesante, el ruido ensordecedor, el peligro cercano. A despecho de todo misoneísmo, el pasado tiene su encanto, como las sombras que, al

caminar, dejamos atrás, porque son el recuerdo; pero nos estremece como ellas, porque son la nada.

Era la huelga de conductores. ¡Cómo! ¿Aquellos hombres erguidos, inmóviles, mudos como esfinges, con la mano posada en la manivela, como Saturno en la rueda de la eternidad; aquellos devoradores del espacio, que todo lo arrollaban impasibles, que miraban escrutadores el horizonte á través de los cóncavos vidrios del paraviento; aquellas estatuas de músculos y carne, vivían, palpitaban, sentían las pasiones de los hombres y también sus tormentos y angustias? ¿Aquellos impasibles autómatas tenían también, allá en un rincón de Gracia ó de Hostafranchs, un techo, una familia, un círculo de afectos, de odios, de goces y amarguras? Nuestra confusión era grande. Nuestro juguete estaba animado, nuestra carroza tenía un alma y aquella alma elevaba su protesta bajo el centelleo de la garrucha y sobre el vertiginoso giro del electro-motor.

En medio del movimiento raudo, entre la agitación de las gentes que suben y bajan, se repelen y chocan, aquel hombre, tenaz en su quietismo, se agitaba también pensando en el malestar, acaso en la miseria de los suyos. Rodeado de sedas y de céfiros, de encajes y joyas, bañado en el

perfume de las aristocráticas viajeras, aspiraba aquel servidor de todos el vaho de un cuarto nauseabundo, sin luz y sin oxígeno. Y aquel hombre se revelaba por fin. Y á su voz, el progreso paraba su marcha y el dios pueblo quedaba sin carroza y el rayo permanecía encerrado en su inmóvil carreta metálica, como Luzbel en el Pandemonio.

Han vuelto á circular los tranvías, y hemos sentido la alegría que experimentamos al volver á ver á nuestros antiguos servidores. Sí, ese monstruo que devora el espacio, que destruye cuanto á él se opone, que tiene en sus entrañas la energía eléctrica y en su voz la vibración del metal, esa carroza lujosa cual ninguna, amasada con oro, que, como el genio, lleva en sí misma la luz que le alumbra, es servidora nuestra.

Podemos detenerla, hacer que nos conduzca dócilmente, que modere su paso y nos deje, por fin, allí donde nos llama la familia, el trabajo, el ocio ó al amor. Si acaso nos aplasta, será, como el oso de Lafontaine, por querer sernos útil. Bendigamos su reparación. ¡Feliz quien puede reclinarsse en sus barnizados asientos, ser por ella arrastrado, sin sentir las sacudidas de la marcha, contemplar con los ojos medio enornados el paisaje que se difuma, ó la lluvia que azota los vidrios, ó el sol que pres-

ta tonos vigorosos á un mundo fantástico que pasa á nuestra vista rápido, variado, deslumbrador como un mundo ideal!

Y, al subir á la plataforma, miremos con cariño á ese rígido servidor que permanece inflexible, apoyado en su manivela. Tal vez cuando nosotros pasemos á su lado indiferentes, pensando en la fortuna que nos sonríe, la gloria que nos espera, el amor que nos abre sus puertas de nácar, aquel hombre recuerde el hogar extinto, la mujer ausente ó la caricia febril del niño enfermo.

LOS HUMILDES

Se ha inaugurado la Exposición monográfica del tubérculo la patata.

Seguro es que, al leer tal noticia, más de una bella lectora ha contraído sus labios de color de cereza y ha dejado mariposear en ellos una sonrisa. Y ¿no es ya bastante hacer sonreír?

No sé si ha sido Ruskin quien ha afirmado que hacer sonreír es un privilegio que los dioses disciernen. Provocar la risa estridente, homérica, puede conseguirlo cualquier persona, y aun cualquier objeto, con tal que le sea dado presentar el contraste entre el accidente y las leyes de la razón, que es el gran secreto de lo cómico. Hacer llorar es más fácil aún; cualquier mano poco piadosa tiene en su poder la clave de las lágrimas. Pero hacer fulgir en el iris ese destello que denota el contento, conseguir que la boca se contraiga dulcemente, que la pa-

pila se dilate como ante un alegre panorama, provocar la explosión del bienestar sin fruncimiento ni sacudidas, eso no puede conseguirlo sino lo que es fuente de placeres humildes, lo que lleva en su interior impreso el sello del bien. El niño que prorrumpe en risotadas ante lo deforme, chillón y grotesco, sonríe á los pájaros, á las flores, al cielo tachonado de estrellas. Aristófaes, pintando en sus traenoyas á la Filosofía cabalgando en un tronco de fresno, provocaba las carcajadas de los libertos; solamente Menandro, mostrando las humanas flaquezas, sin encono ni grosería, evocaba la plácida sonrisa en los rostros de los ciudadanos de la libre Atenas.

—¿Y todo esto—diréis—sugiere á un cronista la patata? ¡Oh imaginación, y cuán pronto remontas el vuelo!—Esperad, que lo humilde tiene sus fueros y regalfas. Y, sobre todo, sonreid. ¡Dichoso quien sonríe, y más dichoso quien puede consolar y alegrar á sus semejantes!

La patata, con sus hojas herbáceas y sus pequeñas flores blancas ó violadas, que sostienen pedúnculos tenues, no es, ¿por qué no decirlo? una planta de salón ó de estufa. Ni sus flores perfuman el ambiente en esbeltos búcaros, ni su fruto aparece en los festines en sustentáculos de bronce y talla-

do cristal. Su papel es modesto. No pudiendo ser bella, ha resuelto ser útil. Como la Dorotea de Goethe, ó, más bien, como *La mariposa* de Cano, donde no puede llevar el asombro, lleva el consuelo.

Ha pasado la estación estival encerrada en sus pequeños montículos de tierra esponjosa. Agradecida á la callosa mano que ha quitado en derredor suyo las hierbas parásitas, que ha mullido su lecho de doncella pobre, que ha humedecido con el riego sus tallos en las noches serenas de la cánicula, muestra, por fin, sus florecillas minúsculas y perfumadas, que toda la familia quiere contemplar. Poco á poco se doblan las florecillas nítidas y encogen sus agostados pétalos. Pero en el interior de los montecillos de tierra ha surgido el tesoro. Y allí marchan los hombres, las mujeres, los pequeñuelos, á desenterrarle con sus azadillas y enseres. ¡Qué alegría encontrar esas solanáceas, doradas, redondas, henchidas de gluten y nitrógeno, con sus lindos hoyuelos de adolescente, frescas y orondas, dentro de su lisa y tangente piel! En aquel momento se olvidan los trabajos del año, las noches robadas al descanso para refrescar las raíces y desangrar la acequia, los temores de sequía ó devastadora tormenta. El tesoro está allí, como un don de Ceres,

y las manos jamás se sacian de rebuscar entre los movedizos terrones aquel fruto redondo y amarillo que habrán de saborear después desamparados y poderosos con deleite.

Con deleite, sí; porque esas humildes campesinas han de brillar después en los más deslumbradores banquetes, al lado de los más suculentos y olorosos manjares; huecas, como esas señoras linajudas del siglo xvi, ó rizadas, como las delicadas semimundanas del xx. Y los dedos más afilados y ebúrneos no se desdeñarán de sentir su grato y penetrante calor, y los dientes más pulimentados y blancos no se negarán á cortar su blando y perfumado cuerpo.

Pero mirad, que aquello es más hermoso. El abuelo ha apagado su pipa; el padre y el hijo mayor han colgado los aperos y han enjugado la sudorosa frente. Allí, junto al hogar, está puesta la mesa, á que los niños se acercan con jovial charloteo, como pudieran hacerlo á las ánforas de Trymalción; la mujer ha tendido el mantel y encendido la hogaza. Ha llegado el momento solemne; el anciano señala en el aire una cruz invisible y la abuela se acerca radiante, con su humeante y azafranado cuenco, á depositar aquel fruto del trabajo de todos, aquel manjar sabroso y bien oliente de la

pobreza, mientras chisporrotean en el fuego las ramas de brezo y castaño y estallan en el aire las risas y palmoteos de los niños.

—Pero ¡una Exposición!—me diréis.—
¡Ah! Ciertamente sería más vistosa, más deslumbradora, más sorprendente, una Exposición de armas y trofeos. Desde el hacha de sílex, bajo cuyo cortante filo sucumbió el paria, hasta el fusil que ha lanzado de sus entrañas el proyectil candente sobre el soldado arrancado á su hogar; desde la espada corta de Alejandro al corvo alfange de Saladino; desde el escudo de Xerjes hasta la armadura incrustada del Gran Capitán; desde el casco rotundo de Alarico al sombrero puntiagudo y flexible de Bonaparte. Todo esto sería más fantástico, más deslumbrador, más soberbio.

Sino que sería también más sangriento y no podrían contemplarlo las madres, sobre todo esas madres que han cubierto tantas veces sus ojos con el delantal esperando á sus hijos muertos; sobre todo esas macilentas ancianas, uncidas al carro de los conquistadores, que no verían á través de las vitrinas diáfanas sino negros espectros, ni aspirarían sino vahos de sangre en aquella pinacoteca del despotismo, en aquel Partenón elevado á la guerra, eterno azote de la humanidad.

Entrad sin temor en esa Exposición de plantas humildes. Allí no veréis sino el esfuerzo por mejorar los frutos de la tierra, por utilizar los dones de Dios. El hombre ha procurado dignificar al hombre. Cincinnati ha empuñado el arado en bien de los humildes, para los cuales también mueve el aire las ramas y humedecen las aguas los surcos. En aquellas florecillas modestas germina en el silencio el polen de la fraternidad humana. Parmentier no es Dantón, pero colabora con él en la gigantesca empresa de emancipar á los que sufren. Tal vez no mira al cielo, pero mira á la tierra de donde ha de brotar la planta de la paz y de la cultura, la flor eterna entre cuyos estambres está oculta, porque le ha dado vida, y de ella la reclama, la ley universal del amor.

¿SEPARATISMO?

Ha llegado mi amigo Williams. Es un bello ejemplar de la raza sajona, fría, calculadora, reflexiva y tenaz. Le he enseñado los muelles, las fábricas, las avenidas, los parques, los monumentos; y su entusiasmo ha sido indecible.—¡Oh qué gran población!—ha dicho. Y yo, orgulloso, contento, le he llevado de aquí para allá, haciéndole ver, observar, analizar las innumerables bellezas, las infinitas grandiosidades de Barcelona.

Hemos sentido por fin lo que Mosso llama *extinción del impulso motriz*, y hemos regresado á nuestro albergue. Allí nos hemos recostado en sendos sillones de cuero, hemos encendido un cigarro y nos hemos quedado frente á frente, observándonos con atención, silenciosos, como si nada mejor tuviéramos que hacer que ver arrojarse el humo en espirales azuladas.

—¿Y bien?—he preguntado como buscando una frase que condensara todo cuanto pensaba mi amigo.—Querido huésped—ha contestado Williams:—Barcelona es una ciudad industriosa, activa, admirable, en suma; pero no tienen sus monumentos una sola piedra que no represente contradicción y lucha, ni hay en ella una sola vía que no haya sido regada por sangre, ni una inscripción que no haya sido esculpida para conmemorar una violencia. El órgano es perfecto; la función no es normal. Hay una patología de los pueblos, y, créame usted, Barcelona es *un caso*.

Mi indignación no ha tenido límites. Me he alzado de mi asiento para retirarme. Pero Williams me ha detenido con un gesto.—Calma—me ha dicho.—En la calle se escuchan gritos y disparos. Prudente es no arriesgarse á salir. He obedecido maquinalmente.—La lucha es ley de vida—he querido balbucear.—¡Ah, sí!—ha interrumpido mi interlocutor;—pero no la lucha brusca y desigual, no la sacudida constante y febril, no la *revuelta*, que diría Ferri, en que todo el mundo se mata, sin duda por algo grande y generoso, pero, en fin, se mata.

—¿Oye usted esas voces?—ha continuado.—Son gentes que gritan: *¡visca Catalu-*

nya! El grito es generoso, elevado, digno y, sin embargo, se sofoca como una blasfemia. ¿Qué contestan en otro grupo? ¡*Viva España!* Y ese vitor tan conmovedor, tan grandioso, es acogido do quiera con imprecações y denuestos. Pues ¿cómo esos dos vivas pueden hacerse aquí incompatibles si no es por ese exclusivismo de raza, por esa intransigencia ingénita que hace al pueblo fanático, intolerante y esclavo de sus propias pasiones?

—Esa oposición es circunstancial y obra del entusiasmo... —He querido alegar.—No.—Ha insistido el censor,—sino del fanatismo. Cuando se grita: ¡*Viva España!* por los fanáticos, se quiere aniquilar completamente la vida regional; se pretende destruir hasta el último germen de esa vigorosa y pródiga planta que se llama autonomía de Cataluña. Se pretende borrar del escudo de Wifredo las cuatro sangrientas barras; se quiere apagar las fulgentes antorchas encendidas por Roger de Flor y conservadas con tanto sacrificio por los héroes del Principado. Se sueña con extinguir los ecos de una lengua varonil, robusta y sonora, en la cual se engarzaron las joyas de una literatura espléndida, ennoblecida por los *mestres de gay saber* y santificada por el heroísmo. Y á la violencia se

responde con la violencia, al odio con el odio, á la espada de César con el puñal de Bruto. Y al gritar: ¡*Visca Catalunya!* se anhela quebrantar para siempre el eslabón que une á pueblos hermanos, asesinar villanamente á la madre común, rasgar una enseña gloriosa, bajo la cual castellanos y catalanes pelearon unidos, y acabar de una vez para siempre con esa España dolorida y augusta en la cual nos movemos, vivimos y somos.

¡*Viva el orden!* Y ¿qué es lo que se oculta en ese grito sino el deseo de perpetuar la injusticia, de hacer irremediable el dolor, de tornar perdurable la explotación de unos hombres por otros? ¡*Viva el trabajo!* se contesta. Y ¿qué es lo que tras esa seductora aclamación se esconde, sino el odio á la humanidad, el culto de la fuerza ciega y destructora, el ansia inconsciente de una subversión criminal, la enemiga de clases, el atormentador deseo de una venganza cruel en aras de la envidia, la codicia y todas las más viles pasiones?

No: no es el patriotismo, ni el desinterés, ni el amor á lo justo y verdadero quien grita; es el egoísmo, la intransigencia, el fanatismo y la ignorancia. La evolución se ha roto, y la vida tiene que interrumpirse. Cataluña se muere y, en su horrenda caída

al vacío, arrastra á España entera, que caerá también para sepultarse por siempre entre sombras.

He sentido, al oír todo aquello, una profunda, indecible amargura; luego una ardiente indignación.—Su juicio de usted—he dicho á Williams,—es el de Europa entera; pero Europa entera se equivoca, y donde ve trastorno, descomposición y aniquilamiento, no hay sino un estado de transformación y un renacimiento total. Al contemplar los derruidos sillares de nuestros viejos templos, ha visto usted en ellos la autoridad inquisitorial de reyes y pontífices, no el genio reformador del artista; al descifrar nuestras inscripciones, ha desentrañado usted el despótico emblema del caudillo, no el signo redentor del pueblo que vive y se emancipa. Al mirar los ensangrentados trofeos que simbolizan nuestras glorias, ha adivinado usted las huellas del choque de parcialidad contra parcialidad, de tiranía contra tiranía, no el movimiento procreador en busca de una síntesis superior humana, el golpe del pedernal contra el hierro de que brota la luz. Ha observado usted lo superficial, lo externo, lo aparente; de ninguna manera lo esencial, lo vivificador, lo íntimo.

Ha querido interrumpirme el sajón; pero

yo no podía contener á mi corazón que se desbordaba.

—Esas voces—he proseguido—que tanto á usted alarman, serán acaso las de los exaltados, las de quienes no ven sino lo parcial y exclusivo. Mas, sobre ellas, está la de la conciencia universal que las reprueba. Ni el trabajo es enemigo del orden, ni Cataluña de su doliente madre. ¡Cataluña! Ella será libre, porque el himno de la libertad está escrito en su escudo, y se cierne en la cumbre de sus montañas, y se refleja en las ondas de sus costas, y está de él impregnado el ambiente vivificador de sus valles. Ella recobrará su autonomía y con ella su secular grandeza, porque eso es lo que sueñan sus félibres y esculpen sus artífices y está grabado en las claves y ménsulas de sus pórticos y es lo que enseñan á los niños balbucientes las madres al borde de la cuna. Ella volverá á cantar en su lengua las dulces melodías del hogar, las tiernas endechas del amor, el jubilo arrebatado de un pueblo que ha sabido quebrantar sus grillos sobre las frentes de sus opresores. Pero Cataluña será siempre española, porque ¡España! van diciendo sus ríos y ¡España! va susurrando su ambiente, y bajo aquella tierra que el Llobregat manso fertiliza se estremecen los restos de los

mártires de la independencia y de la unidad nacional.

Agítase Cataluña, como se agita Europa, como se agita el mundo, acaso por la proximidad del gran alumbramiento que reclama el problema social, del cual son ahora todos los demás super-estructuras, entretanto el fantástico grita, el sectario aturde; pero sobre su voz, se eleva, serena y elocuente, desde el seno de los *Fochs Florals*, la incomparable voz del *primer catalán* diciendo:—«Hay una patria para todos los hombres: la tierra. Hay una patria que nos han hecho siglos de comunes venturas y desventuras: la nación. Hay una patria que forma la común lengua, las comunes leyes y los comunes usos y costumbres: la región, la región en que nacimos, nos educamos y tenemos los sepulcros de nuestros padres. Seamos catalanes, españoles, humanos.»

Sí; repetirlo, Williams, decidlo á los cuatro vientos, proclamadlo ante Europa: no morimos; nacemos á la luz; no buscamos la sombra del pasado, sino la aurora del porvenir. Porque ese movimiento formidable, cuyas primeras sacudidas os sobrecojen, no trae consigo la victoria de Cataluña, ni siquiera la de España, sino la segura, permanente y decisiva de la fraternidad entre los hombres: el triunfo glorioso de la humanidad.

EXAMENES

—¡Las notas! ¡Son las notas!

Al oír ese grito, la sangre se paraliza en las venas, se siente el ahogo de la eclampsia, algo así como un aura letal, nublarse las pupilas y el ánimo desfallece. Aparece el bedel con las papeletas. La sentencia está allí; todo el mundo corre á extender su mano con invencible crispadura, y, por fin, nos abrasa la mano el contacto de aquel trozo de satinado papel. Al cabo nos decidimos á mirarle con la suprema angustia de Macbeth ante el espectro. *¡Sobresaliente!* Sí; no hay duda: allí lo dice en letras que parecen arrancadas á la inscripción de un ático romano. *¡Sobresaliente!* El tránsito del terror á la alegría loca, desenfrenada, nos ahoga de nuevo, y, por fin, estallamos en risas y sollozos.

Corremos ciegos, arrugando en las manos aquel tesoro. ¿A dónde vamos? Quisié-